

En aquel tiempo –me refiero a las décadas del 20 y del 30, únicas de las que puedo dar fe- para contratar peones casi nunca era necesario ir a buscarlos: a pie, por los caminos, con un palo a modo de bastón y un atado de ropa envuelto en arpillera, venían a ofrecerse por, al menos, un plato de comida y un lugar para dormir. Así llegaron sucesivamente a nuestra casa, en el campo, “Sandy”, Arnold y Fritz, de nacionalidad suiza y habla alemana; y Lisdé, piamontés. Algunos permanecieron pocas semanas; otros, como Fritz, largo tiempo: comía con nosotros en la cocina y lo sentíamos como un miembro más de la familia. Pero “Lisdé” era un personaje singular. Decía llamarse Lisdero, Lorenzo.

“L I S D É”

Bajito, regordete, con los pantalones arremangados a media pierna, con un sombrerito de tela sucia que tapaba apenas su marcada calva y dejaba ver sus cortos y ralos cabellos entrecanos; portando sobre el hombro un pañuelo anudado en la punta de un palo, se acercaba a la casa y pedía:

“Un po’ d’eva per lí?”

Y después de beber lanzaba la pregunta:

“Pa da manca piún?”

Pero “Lisdé” no era un peón en el sentido convencional. Si se deseaba que hiciera algún trabajo, era necesario esconder el palo con su atadito –un atadito que sólo contenía un ovillo de piolín y unas tijeras-. Toda la ropa la llevaba puesta, una sobre otra, invierno y verano.

Nadie conocía su historia. Ni era posible reconstruirla en lo más mínimo a partir de su charla incoherente:

“...l’uvertürala catrüra.....”

Nunca supimos qué significaban esas palabras, pero debían designar algo importante para él, puesto que las repetía incesantemente.

Escondido el atadito, “Lisdé” –o “Lurén”- se quedaba a hacer el “piún”. Por lo general cortaba leña, la apilaba, y también acarrea a la cocina la que se necesitaba para alimentar el fuego.

Una tarde, el esfuerzo de agacharse para acomodar la leña bajo el fogón produjo la distensión de su esfínter y un ruido característico sonó en el ámbito de la cocina.

Ofendida, la dueña de casa lo reconvino:

-¡Qué es eso, Lurén?

Y él respondió, sabia y tranquilamente, como quien conoce la verdadera esencia de las cosas:

“Gans daré” (gas de atrás) – una definición digna de Aristóteles.

La comunicación - en piamontés – era difícil no estando el padre, única persona de la casa que lo entendía y hablaba. Los hijos sólo sabíamos algunas palabras, pero creíamos saber más y, a veces, nos aventurábamos a iniciar una conversación.

Una vez ...

Anocheceía. Lisdé cenaba en la galería, sobre la gran mesa “masera” (en la que en tiempos anteriores a los nuestros, alguien había amasado el pan). La hija mayor le daba charla, evidentemente en un piamontés irreconocible. Como única respuesta, Lisdé exclamó:

“Parole ciaire andaría mei”

La “ciair”- pensó su interlocutora - es la lámpara. Entró en el comedor, buscó la lámpara gorda, retiró el tubo, encendió la mecha, volvió a colocar el tubo y, presurosa, posó la lámpara sobre la mesa y siguió con su charla en lo que creía que era un perfecto piamontés.

“Parole ciaire andaría pi mei” - volvió a decir Lisdé.

Entonces su interlocutora giró la ruedita y elevó la mecha de la lámpara. Pero ya la mecha no subía más y Lisdé seguía insistiendo:

-“Parole ciaire andaría pi mei”

Sólo la llegada del padre puso fin a la incomunicación y aclaró el malentendido: “ciair” (chair) significa, efectivamente “lámpara”, pero también el adjetivo “claro”.

Lo que Lisdé pedía insistentemente era que le hablaran con palabras claras (parole ciaire), ya que, de ese modo sería mucho mejor (andaría pi mei) .

Cuando no se lo necesitaba más, se dejaban a su alcance el palo con el atadito.

“Ura, mí vun vía”- decía. O bien, callado, sin despedirse ni esperar la paga, se marchaba con su palo y su atadito, para seguir pidiendo en otras chacras:

“¿Un po ´d´eva per lí?” (¿Un poco de agua por ahí?)